

La quebrada del diablo

ENRIQUE ARAYA

A una cuadra más o menos de la casa del capataz del fundo “La Rinconada” reverberaba el muro que bordeaba los potreros, las caballerizas y el rancho del inquilino Tobías Pérez, cuidador de la caballada.

Rudecindo, el capataz, vio venir a Pérez corriendo y con ampulosos ademanes, insólitos en él. Cuando estuvo cerca se le escucharon frases incoherentes, mientras gesticulaba en forma extraña y con la mirada propia de un enajenado. El capataz llamó al inquilino que le cultivaba la huerta y le ordenó acompañar a Tobías Pérez hacia las caballerizas, pues le pareció entender que necesitaba auxilio.

Se les vio alejarse rápidos. Uno callado y el otro vociferando y gesticulando. Se perdieron de vista tras el portón de las caballerizas.

Al cabo de pocos minutos volvieron ambos identificados en sus incomprensibles palabras y en sus locos ademanes.

Después, salió despavorida, pateando y relinchando, la yegua Medalla.

Rudecindo dio cuenta al patrón de “La Rinconada”, quien, tras hacer las indagaciones del caso y no encontrando explicación alguna para estos extraños hechos, hizo llevar al Manicomio de la capital a Tobías Pérez y a Pedro Tobar, el otro peón enloquecido.

Los psiquiatras los catalogaron conforme a las normas de su especialidad y los dejaron internados.

Al año siguiente yo veraneaba en "La Rinconada", propiedad de mi amigo Galindo Argomedo, y al no obtener de él muchos datos sobre la perturbación de esos inquilinos, interrogué a Rudecindo y me dijo:

— Es lo único que sé. Y nadie sabe más de este asunto. Parece que el peón de mi huerta que acompañó a Pérez se contagió de su locura.

— Eso es absurdo. Nadie puede contagiarse en pocos minutos. Ni creo que exista alguna enfermedad mental que se transmita como la gripe o el sarampión —objeté.

— No entiendo de estas cosas, pero le aseguro que nadie sabe más de esta cuestión.

— ¿Usted habló con el amansador de la caballada?

— Claro; si fue él quien me contó detalles porque algo vio por estar en un potrerillo cercano al lugar en que estaban Pérez y Tobar. Pero no puede haber visto mucho porque estaba curado y es algo fantasioso el hombre.

Esa misma tarde fui a entrevistar al amansador Feliciano y le dije:

— Rudecindo me contó el caso de los inquilinos que enloquecieron el año pasado. ¿Cómo se explica usted que el peón que acompañó a Tobías Pérez también cayera en idéntico extravío?

— Pero, iñor, si ninguno se extravió. El que acompañó al cuidador de la caballada, Pedro Tobar, también se volvió loco.

— A eso me refiero.

— Parece que se contagió de locura.

Le reproduje cuanto me había narrado Rudecindo y le pregunté si sabía más detalles. Me respondió en forma negativa. Entonces agregué:

— Y el cuidador del ganado, Pérez, ¿había sido siempre algo raro?

— No, señor. Era como un cristiano cualquiera. Muy obediente y buena conducta. Lo único diferente era que nunca tomaba un trago. —Y guardó silencio como si quisiera recordar otras características de Tobías Pérez. Y pronto agregó:

— Ahora que me acuerdo, tenía algo raro.

— ¿Qué cosa? —Pregunté ansioso.

— Que siempre andaba leyendo la Biblia.

— ¿El se lo dijo a usted?

— No. Era cosa que se sabía en “La Rinconada” y en el pueblo. Muchos lo embromaban y por eso le decían “el canuto”.

Le hice otras preguntas por ver si lograba estrujar su memoria, pero fue en vano.

Después de visitar las caballerizas y no encontrar nada extraño, di por terminadas las investigaciones en el lugar. Me propuse ir algún día al Manicomio y para ello anoté los nombres de los dos inquilinos enloquecidos.

Meses más tarde fui a la casa en que viven los orates, en la calle Los Olivos, cerca del Cementerio General, vecindad que pareciera sugerir que por esos barrios habitan los cuerpos sin alma que se pudren y los de aquellos que con el espíritu ausente vegetan.

Hablé con el Dr. Gómez, que fuera mi profesor de psiquiatría y me llevó a ver a Tobías Pérez. Mientras caminábamos hacia el pabellón que lo albergaba, me preguntó:

— ¿Y por qué te interesa este caso?

— Es pariente de la mucama de mi casa —mentí.

— Es un paranoico típico, con delirio místico —dijo en tono categórico.

— Sí, pero has de recordar que los delirios sistematizados crónicos hacen eclosión sintomática en cualquier época de la vida, aun cuando llevan el germe de su alienación desde el nacimiento.

Habló con el médico jefe del Pabellón 7, me presentó y, explicándole el objeto de mi visita, se despidió de ambos.

Al poco rato estaba en mi presencia Tobías Pérez, con su overall azul y con aire de resignación o melancolía. Tendría unos cincuenta años. Su rostro armónico y sus ademanes eran pausados, casi rituales. Le invitó a tomar asiento en un banco del parque triste de añosos árboles.

— Don Tobías, he querido visitarle porque conocí su caso por el capataz Rudecindo y me parece —más bien estoy seguro— que se trata de un error.

— No creo. Es la ignorancia, no de él, que no tiene ninguna obligación de saber de estas cosas, sino de los médicos.

— ¿Sería molesto para usted relatarme lo que sucedió? —interrogué con prudencia.

— Sí; me causa nerviosidad recordar y, además, no quiero salir de aquí.

— ¿Por qué no?

— No es que esté cómodo, pero es el lugar que me corresponde.

— ¿Cómo así? —pregunté sorprendido.

— En este hospital están los locos y yo lo soy. Y ellos comprenden más que los llamados cuerdos. Aquí hay muchos que han visto cosas extrañas y cuando para desahogarme les conté lo que yo vi, no se rieron ni burlaron. Las cosas hay que haberlas visto para creerlas.

— ¿Qué vio usted, don Tobías?

— Ya le dije, señor, que me hace mal recordarlas.

— Ah, es cierto. No tengo derecho a molestarle y menos si usted no quiere salir de esta casa. Sólo quiero preguntarle: ¿cómo se explica que el otro inquilino, Pedro Tobar, después de ir con usted a las caballerizas volviera, tan espantado como para que lo consideraran loco?

— Porque vio lo mismo que yo.

— ¿Y dónde está él?

— Está en otro pabellón y es mejor porque a él le da con recordar lo que pasó.

— ¿Usted cree que si hablo con Tobar me contará lo sucedido?

— Seguro.

— Entonces, para no hacerle sufrir a usted, iré donde él.

— Muy bien, señor. Yo le agradezco que no me haya insistido y que tuviera la buena intención de sacarme de aquí, creyendo que lo deseaba. Que Dios lo bendiga.

— ¿Usted cree en Dios?

Se perfiló en sus labios una leve sonrisa irónica, en sus ojos un chispazo de desconfianza y dijo:

— No es que lo crea, sino que lo sé. Es de lo único que tengo seguridad y es por eso que nada me importa estar en este purgatorio de la vida.

Me despedí con amabilidad y me encaminé conducido por una enfermera al Pabellón 9, para ver a Pedro Tobar.

No parecía tener más de cuarenta años, de ademanes nerviosos y mirada penetrante. Más burdo que Tobías Pérez, le juzgué más peligroso por ser grueso y fornido.

El diálogo se desarrolló en esta forma:

— Don Pedro, ¿tiene usted inconveniente en que le entreviste en relación al caso suyo? Me interesa porque soy médico y creo que lo tienen recluido sin motivo. ¿Fuma usted?

— Sí, muchas gracias. Mire señor, yo le agradezco mucho pero parece que no va a ser tan fácil salir de aquí. El que entra ya no sale más. Los doctores son muy ensimismados en sus ideas.

Parece que son adivinos, porque saben más que uno que vio las cosas. La verdá es que yo no los entiendo ni jota. Fíjese que un día don Rudecindo, el capataz, me da la orden de acompañar al compadre Pérez a las caballerizas porque había llegado de allá como un energúmeno, haciendo morisquetas y hablando las tonterías más grandes que usted se pueda imaginar. Voy cumpliendo la orden y, según dicen, volví hablando las mismas leseras. Ya no me acuerdo qué diría. La cuestión es que a los dos días estaba aquí preso como un delincuente o como un loco, nada más que por decir lo que había visto. ¿Se da cuenta, usted señor? ¡Habrás visto! ¿Querían que mintiera? Yo estoy acostumbrao a decir la pura verdad. Para eso me había mandado el capataz.

— Y ¿qué vio, señor Tobar?

— Güeno, ésa es la cosa delicada. Y por eso creo que no saliré de aquí ni con cureñas.

— Pero dígamelo, amigo Tobar. No le contare a nadie.

— Mire, iñor . . . es tan re difícil explicarle sin que parezca loco de remate.

— No temá, yo sé que se trata de una equivocación de los médicos.

— Mire, iñor, la cuestión es que en llegando al corral donde estaban las yeguas, vi . . . como le dijera . . . es que no puedo decirle.

Yo guardaba silencio y no me movía para no interrumpir en forma alguna su relato. Tobar gesticulaba como queriendo hablar, pero impedido para hacerlo por un nerviosismo pundonoroso. Le ofrecí otro cigarrillo y me lo arrebató de las manos, sin darme las gracias esta vez.

— No puedo contarle porque usté también me creerá loco y, por último, es posible que esté loco rematado.

— Estoy seguro de que no lo está, sino que vio algo que por extraño lo dejó grogui.

— Eso es. Yo antes boxeaba y sé lo que es estar grogui. Y ahora como que lo estuviera. No veo claro, todo neblinoso. Mire, iñor, lo que yo vi es tan raro que me da vergüenza contarle.

— Tobar, usted me lo contará todo porque tiene confianza en mí y sabe que los doctores son una tropa de locos.

— Yo, patroncito . . . yo vi al DIABLO.

Tobar se sumió en el banco en que estábamos y respiraba como un boxeador en el rincón de descanso. Empezó a contor-

sionarse como si fuerzas extrahumanas lo impulsaran. Yo tampoco estaba tranquilo, pues me daba la impresión de que alguien, además de nosotros dos, estaba allí agitando a mi entrevistado. Serenándome, le dije:

— Y ¿cómo era el Diablo?

— Tenía la cara roja, con muchas cicatrices y con la apariencia de un aguilucho. Pero se veía que era él. No podía ser otro por la cara de malo, por el diente de oro y por el fuego que salía de sus ojos. Además, en vez de pies de cristiano, tenía pezuñas de macho.

Nuevamente Tobar cayó en convulsiones y le temblaban las manos.

— Mire, mi amigo, yo comprendo que es terrible, pero eso ya pasó y no volverá más. Esto lo vamos a arreglar usted y yo.

— Usté, dotor, ¿también cree que estoy loco?

— Le repito que los doctores son los locos porque no creen más que en lo que ellos han visto.

— Usté sí que sabe, dotorcito. Me gustaría que viniera a verme seguido.

— Se lo prometo. Y lo sacaré de aquí. Mañana volveré. Le ruego tener confianza y no pensar más en estas cosas. Piense en los días que vendrán en su casa, junto a los suyos. ¿Usted es casado?

— Sí, iñor, y tengo una niñita de catorce años.

Al día siguiente estaba con Tobar en el jardín triste del Manicomio. Me recibió como a un padre, con la mirada llena de ternura y con palabras cariñosas. Después de consultarle por su estado de ánimo, de cómo había dormido, le pregunté:

— ¿Me podría decir qué hacía ése . . . el del diente de oro y pezuñas de macho . . . el malvado de que hablábamos ayer?

— Usted no lo va a creer, iñor. —Hizo una pausa, sus ojos se encendieron como si reviviera la escena que evocaba, o como si el resplandor rojizo del Diablo lo encendiera y, revolviéndose en el banco, agregó:

— Estaba cubriendo a una yegua, la que en vano corría y pateaba porque el “patas de macho” iba montado en las ancas, abrazado de las verijas de la bestia, que relinchaba como una condenada. ¡Como si supiera que el Diablo la montaba!

— ¿Y qué hicieron ustedes?

— Yo empuñé mi carabina y le disparé por la espalda y le di de lleno. Entonces vino lo espantoso.

— ¿Qué pasó?

Tobar se agarraba una mano con la otra y se retorcía con el rostro pálido. Se curvaba hasta el punto que su cabeza se metía entre sus piernas.

— Animo, Tobar. Dígame, ¿qué hizo el Malo?

— Dio vuelta la cabeza hacia nosotros, se sacó del pecho el plomo humeante del proyectil y se lo echó a la boca. Después lanzó una carcajada infernal que retumbó en las caballerizas como un relincho y siguió en sus movimientos bestiales con la yegua. Entonces Pérez y yo apretamos a correr como locos hacia la casa del capataz. Casi junto con nosotros salió por el portón, corriendo, pateando y relinchando, la yegua. Pero ya iba sola ... el Maldito se había ido.

— Cuando llegaron ustedes donde Rudecindo, ¿qué le dijeron?

— Parece —ya no lo recuerdo bien— que gritábamos: “el Diablo se montó a la yegua Medalla” ... El mismo Diablo ... la Medalla. Y aunque nos preguntaban mil cosas, no podíamos explicar más. Ahora es la primera vez que lo puedo contar con algo de calma. Usted me comprenderá, iñor.

— Claro es que comprendo. ¿Y por qué llamaban “Medalla” a esa yegua?

— Porque tenía en el pecho una mancha blanca como de plata. Era colorá y muy re bonita la bestia. Ese mismo día, como dejamos abierto el portón por el miedo, se arrancó la Medalla. Como estuvimos dos días en “La Rinconada” antes que nos mandaran para acá, algo pudimos oír, pero yo no sé si sería cierto. Decían que a la yegua Medalla la encontraron al día siguiente con la guata rajada y muerta en la “Quebrada del Diablo”.

— ¿Hay cerca del fundo una quebrada que se llama así?

— Dentro del mismo fundo, como a dos leguas, está.

— ¿Sabe por qué la llaman así?

— A mi padre le oí, y él lo había oído del suyo, que en esa quebrada, hace mucho tiempo, en lo que mentan la Colonia, el Diablo violó a una niña que después es que la encontraron muerta con la guata rajada con las piedras lajas filudas, que hay muchas en esa hondonada. Muchas gracias dotor por haberme escuchado todo. Me ha hecho bien contarle todo. Le agradeceré mucho lo que haga por mí. Y a Pérez, ¿podrá sacarlo de este infierno?

— Hablé con él, pero no quiere salir.

— Na’ me sorprende porque ese hombre es muy raro: se pasaba leyendo la Biblia.